

Ramón P. Muñoz Soler

MEDICINA PSICOESPIRITUAL

Conferencia dictada en A.D.C.E.A

8 de Agosto, 1959



MEDICINA PSICOESPIRITUAL

Viejos y nuevos valores en la crisis de la cultura contemporánea

Estamos viviendo una crisis de la cultura y de la sociedad humana en que viejos sistemas y valores se quiebran y surgen otros nuevos que anticipan el nacimiento de una nueva era.

En el campo de la ciencia se habla de una física clásica (que era la de ayer nomás) y de una física moderna; de una psicología elementarista y racional y de una psicología dinámica de la totalidad de la persona humana; de una biología mecanicista, inspirada exclusivamente en las leyes de la fisicoquímica, y de una biología que considera a la vida como un principio independiente.

También se advierten nuevas tendencias en filosofía, en sociología, en economía política y en las más diversas expresiones del arte y de la actividad espiritual del hombre.

Convivimos hoy en día entre nuevos y viejos valores; asistimos a la decadencia de unos y al resurgimiento de otros y participamos en la lucha de los viejos sistemas que no quieren morir contra los nuevos que se abren paso hacia el futuro.

Lo difícil en esta época de transición es reconocer con claridad cuáles son los valores viejos y cuáles los valores nuevos; cuáles son las ideas que van hacia la expansión y cuáles las que van hacia la decadencia. Y el dilema, tanto del hombre común como del científico, del artista o del filósofo es ubicarse en las corrientes viejas o nuevas con el riesgo de perderse con unas o de resurgir con otras.

La renovación doctrinaria y técnica de la medicina moderna

Desde comienzos de este siglo la medicina ha experimentado un cambio

fundamental, tanto desde el punto de vista doctrinario como técnico, a tal punto que en medio de aportes tan valiosos es difícil señalar lo más importante de esta renovación y cuáles son los valores que caracterizan esencialmente a la nueva medicina.

Pareciera sin embargo, que todo el mundo conoce, a través de la divulgación de los conocimientos, los principales adelantos en el campo médico: se habla en todas partes de la “bomba de cobalto”, “del corazón y riñón artificiales”; de las “vitaminas”, de las “hormonas”, de los “antibióticos”, de las “nuevas drogas contra la tuberculosis, contra el reumatismo, contra la presión arterial”; de las “vacunas contra la poliomielitis”; de los “medicamentos tranquilizadores” y también se habla del “electroshock”, de la “hipnosis”, del “psicoanálisis” y se conocen los extraordinarios progresos en la técnica quirúrgica.

Pero, a pesar del valor que tienen todas estas cosas, no definen de por sí a la nueva medicina y, más aún, muchas de ellas no son más que “progresos dentro de la línea de la vieja medicina”.

Nuevos principios teóricos de alcance práctico

Toda la patología y la terapéutica a la que llamaremos desde ahora “medicina clásica” se funda en una concepción mecanicista del hombre, concebido en última instancia como sistema biológico complejo cuyas leyes no eran otras que las de la fisicoquímica.

En cambio, lo que caracteriza a la nueva medicina es, ante todo, una profunda renovación en las ideas acerca del hombre, que se concibe como una totalidad biopsicoespiritual; esta nueva manera de interpretar al hombre es la que informa a la medicina antropológica o medicina de la persona.

De este nuevo principio surge una nueva doctrina acerca de la enfermedad, una nueva terapéutica, una nueva metodología y se hace necesaria la existencia de un nuevo tipo de médico, capaz no solamente de descubrir la causa de una

enfermedad sino de comprender el sentido que la misma tiene dentro de la problemática de vida del enfermo.

Modalidades de comprensión de la enfermedad

Podemos reconocer tres actitudes fundamentales acerca de la enfermedad que inspiran a su vez tres actitudes terapéuticas y que podemos reconocer en los fundamentos de las principales doctrinas médicas antiguas y modernas.

a) La enfermedad no existe, es una ilusión

En Oriente surge como resultado de una concepción de la naturaleza como ilusoria y en Occidente está representada por la “*Christian Science*”. Mary Baker Eddy, fundadora de la *Ciencia Cristiana* dice que la enfermedad y el mal no existen, no tienen ninguna realidad, y orienta a sus discípulos a reconocer dicha ilusión y disponerse al influjo de la “Mente Divina” para la curación.

b) La enfermedad es un mal exterior que hay que combatir

Esta interpretación es la más difundida de todas y la que ha informado a toda la terapéutica de la antigüedad y a casi toda la terapéutica moderna: se resume en la frase: “lucha contra la enfermedad”.

La medicina de los pueblos primitivos considera a la mayoría de las enfermedades como de origen espiritual: es una “fuerza”, “una influencia”, “un fluido”, “un espíritu” que se apodera del enfermo y lo posee; la terapéutica está en manos del hechicero, del *Shaman* quien a través de los conjuros y ceremonias mágicas “combate al espíritu de la enfermedad con el espíritu del remedio” (Levy Bruhl).

Durante toda la Edad Media y bien entrada la Edad Moderna variaron las causas de las enfermedades pero no en forma substancial: las enfermedades mentales se interpretaban por el “demonismo” y las enfermedades epidémicas por la “teoría miasmática”, es decir por “partículas” que emanaban de la suciedad de las

putrefacciones de los pantanos, etc. Y que ejercían influencia nefasta sobre las personas.

La era bacteriana, que se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, señala un notable progreso sobre las doctrinas anteriores al reconocer objetivamente en las bacterias la causa de muchas enfermedades, pero a pesar de ello seguimos siempre en la línea de considerar a la enfermedad como un mal exterior que hay que combatir: no será la lucha contra “los espíritus”, contra “los demonios”, contra las “emanaciones miasmáticas”; ahora será la lucha contra las “bacterias”, contra “los virus”, y así ocurrirá con muchas otras enfermedades y se organizarán las “luchas contra la poliomielitis”, las “ligas contra el cáncer”, las “cruzadas contra la tuberculosis”...

Vista la enfermedad desde el punto de vista del sujeto, tenemos que reconocer que muchos de los descubrimientos científicos no representan un real progreso y no trascienden la etapa mágica de la medicina.

Pareciera que exageramos, pero yo me pregunto si entre la actitud del primitivo que considera su enfermedad como un castigo de los “espíritus irritados” y recurre para ello al *Shaman* para que lo ahuyente y la del hombre moderno que cree que se ha “contagiado” accidentalmente de una enfermedad bacteriana o virósica y compra un “antibiótico” para eliminarla, hay realmente una diferencia esencial.

Desde el punto de vista de la comprensión de la enfermedad y de la curación de raíz de la misma tiene idéntico valor la “extirpación mágica” de un dolor de vientre que se atribuye a un espíritu que está comiendo las entrañas del paciente o la “extirpación quirúrgica” de una úlcera de estómago que se considera como la causa de dicho dolor; o del tratamiento por “hipnosis” de los mismos síntomas considerados expresiones de “complejos psíquicos”.

En una palabra, en esta etapa de comprensión, tanto se trate de métodos

antiguos o modernos, la enfermedad se interpreta de la siguiente forma:

Es algo *accidental* en la vida del sujeto; es algo *exterior a sí mismo*: (“espíritu”, “microbio”, “tumor”, etc.) el sujeto poco tiene que ver en la génesis de la enfermedad, él es *víctima inocente* de la misma, *no es responsable* de ella; la atribuye en última instancia al “azar” o al “destino”, quiere curarse por la fe en una “*fuerza curativa exterior a él*”: exorcismo, milagro, antibióticos, sueros, intervención quirúrgica, hipnosis, la curación es una *gracia y se puede comprar*.

c) La enfermedad es una situación vital que hay que comprender para superar

Este es el punto de vista verdaderamente revolucionario que caracteriza a la nueva medicina psicosomática; es un nuevo punto de partida para la investigación en la medicina psicoespiritual del futuro.

Veamos en pocas palabras, a través de un ejemplo, como se realiza un enfoque de este tipo.

Una mujer soltera, de 36 años, es tratada por una afonía que se considera de origen nervioso, con aplicaciones eléctricas a nivel de la laringe. Durante una de estas aplicaciones la enferma tiene una violenta crisis, se araña el rostro, se desgarran la ropa y queda medio inconciente.

En la historia biográfica de la enferma se comprueba que un año atrás tuvo otro episodio de afonía que se vinculó con una inflamación de las amígdalas, habiendo sido operada. Hay en su vida un serio conflicto sentimental: abandonada por su amante, de quien tuvo un hijo, guarda hacia él un profundo resentimiento que no puede olvidar. Nos refiere un sueño: ella está acostada en su cuarto y entra un hombre por la ventana, un ladrón que tiene el rostro cubierto; presa de angustia consigue tomar un revolver y dispara contra el ladrón pero por la emoción tiene una crisis nerviosa; la llevan a la comisaría y cuando la van a interrogar está afónica, no

puede hablar.

La agresividad reprimida de la enferma contra su ex-amante se vuelve contra sí misma determinando por una parte el síntoma afonía y, por la otra, la crisis nerviosa que es equivalente a un suicidio reprochado por la conciencia.

Querer curar una afonía de este tipo por la extirpación de las amígdalas o por aplicaciones eléctricas, o por hipnosis, no tiene sentido: aquí a quien hay que curar es a la enferma, comprender su situación y ayudarla a transformar ese odio en actividades útiles. Ella no puede esperar una curación definitiva si no extirpa la raíz del mal; si ese odio, por justificado que parezca permanece sin transformar, se expresará tarde o temprano en el mismo u otros síntomas. A lo mejor la afonía se cura pero puede aparecer luego una jaqueca o una úlcera duodenal.

En el caso que acabamos de citar es suficiente una comprensión psicológica, pero en otras situaciones se requiere aún una comprensión más amplia de orden psicoespiritual.

Vimos hace tiempo a un hombre de 45 años, profesional, que se queja de mareos, sensación de inestabilidad, siente que las piernas se le aflojan, tiene que arrimarse a las paredes por miedo a caerse; sufre de insomnio y está en un estado depresivo-ansioso que no puede atribuir a ninguna causa determinada.

Consulta a especialistas de oído quienes no encuentran ninguna causa orgánica que justifique los mareos; hace diversos tratamientos, unos para regularizar el hígado, otros para corregir la falta de sueño, todos ellos sin resultado.

Tratando de comprender esta situación vital le preguntamos qué es realmente lo que le preocupa y nos dice: “que es su incapacidad para desenvolverse con la misma eficiencia de antes”. ¿Por qué no duerme? “porque se agitan en su mente los mas diversos problemas que lo preocupan durante el día”. Se siente desgastado, no tiene el mismo interés en su trabajo, quisiera dormir mucho y que no lo molestaran y por momentos se pregunta: “¿qué sentido tiene la vida y para qué preocuparse y

esforzarse tanto?” A pesar de que tiene éxito en su profesión le parece que no ha logrado lo que hubiera querido.

Desarrolla una intensa actividad, no tiene un minuto libre y está ansioso por lograr una seguridad económica que le permita descansar tranquilamente en la vejez.

Este hombre tiene una gran inseguridad interna que quiere compensar con una actividad exterior desmedida y sus problemas se multiplican en forma abrumadora; esa inseguridad ansiosa se traduce somáticamente en una inseguridad de la marcha; su falta de satisfacción anímica, que trata de compensar con goces externos hasta cierto punto, provoca un buen día la depresión y siente el vacío de la existencia. ¿Puede tratarse un caso de estos con régimen alimenticio, con drogas tranquilizadoras o con electroshocks? Aquí se impone un enfoque psicoespiritual, una comprensión de las actitudes vitales equivocadas y una orientación hacia nuevos valores. Tendrá que comprender que la seguridad absoluta que busca en las cosas externas, no existe; que si aprendió a tomar y afirmar, tendrá ahora que aprender a dejar. Todo ello supone una rehabilitación psicoespiritual de la persona humana; una verdadera cura de almas donde la medicina entronca con el sacerdocio.

A través de estos ejemplos podremos comprender mejor qué es lo que caracteriza a esta tercera modalidad de comprensión de la enfermedad:

En primer lugar las enfermedades (*afonía* en el primer caso, *mareo* en el segundo) no son accidentales sino que están *determinadas*. El sujeto no es solo víctima de tales enfermedades sino que es *actor responsable*: la incidencia en su vida no es una cuestión del destino sino que él mismo la ha determinado por actitudes que desconocen las leyes del desarrollo psíquico y espiritual. La curación no puede esperarse de una gracia sino que tiene que conquistarse; en una verdadera curación, como decía Freud, el enfermo mismo en su totalidad, debe transformarse.

La enfermedad, según este nuevo punto de vista, no es solamente un mal que

hay que combatir (valor negativo de la enfermedad) sino una situación vital que hay que comprender para superar (valor positivo de la enfermedad).

En resumen: una *nueva concepción del hombre* sobre la base de una totalidad biopsicoespiritual: una interpretación de la enfermedad como *situación vital que hay que comprender*; la *responsabilidad* del sujeto en su determinación; la incorporación del *valor positivo* de la enfermedad; y una *terapéutica de transformación* en que el hombre mismo debe esforzarse en lograr la liberación de la enfermedad por la comprensión y la superación de actitudes equivocadas, constituyen los fundamentos de la nueva medicina psicoespiritual apenas esbozada en el presente.

Dos tipos de medicina: una que “ayuda a dormir” y otra que “ayuda a despertar”

Vistas la patología y la terapéutica desde los nuevos puntos de vista que acabamos de considerar podemos decir que, como fruto de esta crisis transformativa de la medicina, podemos vislumbrar dos tipos de medicina, una que “ayuda a dormir” y otra que “ayuda a despertar”. Una que busca aliviar el dolor y extirpar la enfermedad dejando al enfermo sin transformarse y otra que utiliza el dolor y la enfermedad para dar al enfermo la más alta comprensión posible y ayudarlo a vencer el dolor por la transformación alquímica del mismo.

Frente a la crisis existencial determinada por la enfermedad, la medicina que ayuda a dormir sólo ve el valor negativo de la enfermedad y busca suprimirla a toda costa como enemigo antivital.

En cambio, la medicina que ayuda a despertar considera a dicha crisis como una oportunidad del alma de enfrentarse con leyes oscuras de la vida que no comprende y que puede llegar a conocerlas y dominarlas.

El éxito del primer tipo de medicina es suprimir el síntoma a cualquier precio, le da valor a la vida por encima de todo y al placer como finalidad

inmediata; el éxito del segundo tipo de medicina es lograr la transformación del enfermo, le da valor a la *calidad* de la vida y coloca por encima del principio del placer la renovación de la naturaleza a través del dolor.

La medicina como medio de liberación

La actitud de la medicina clásica de considerar a la enfermedad como un mal (valor negativo) tiene las mismas consecuencias que la actitud teológica y religiosa frente al mal y al pecado: luchar contra él, como enemigo, y condenarlo a un infierno eterno. En la lucha contra la enfermedad ocurre lo mismo: se destruye una enfermedad y aparece otra, desaparece una en un punto y aparece en otro.

La actitud médica psicoespiritual frente a la enfermedad no es de condenación sino de transformación, no creando una dualidad salud-enfermedad sino una síntesis alquímica a través del conocimiento y la superación de la enfermedad.

Por último, quisiera aclarar algunos equívocos que podrían surgir de mis palabras: si bien es cierto que he dado valor a la nueva medicina psicoespiritual como medio de comprensión del hombre enfermo y del camino de liberación del dolor, ello debe interpretarse siempre dentro de ciertos límites, y en manera alguna quiero significar que la medicina psicológica o espiritual pueda reemplazar al sacerdocio y a los caminos espirituales. Tanto la medicina como la psicología actuales tienen verdades de conocimiento pero no verdades de salvación y ninguna de ellas puede conducir al hombre angustiado o enfermo a la meta última de sus anhelos.

La medicina por más psicoespiritual que sea, solo puede curar, eliminar obstáculos, pero no salvar; la liberación del alma, la vida espiritual, el conocimiento verdadero de sí mismo... eso ya es otra cosa, hay otros *caminos* para ello...

